

AQUEL 23 DE FEBRERO Manuel Vázquez Montalbán

Biscuter subía trabajosamente las escaleras que conducían al despacho de su patrón el detective Carvalho. [...]

La cabeza de Biscuter era un elemento esencial en el afanoso subir de la escalera, como un adelantado y balanceante vigía del cuerpecillo, y fue ese vigía quien primero advirtió el formidable par de piernas femeninas cruzadas bajo la cúpula de una breve minifalda y adheridas a un cuerpo de muchacha sentada en los escalones. La mujer contempla a Biscuter con curiosidad.

—¿Carvalho?

—No. Biscuter. El jefe no tardará en llegar. Yo he ido a hacer la compra. [...]

Carvalho suele mirar a las mujeres de arriba abajo, a medio camino entre la moral igualitaria de la juventud que le obligaba a mirarlas a la cara de tú a tú y de las concesiones machistas que se ha ido haciendo a sí mismo a medida que envejecía. Pero esta mujer sin duda merece una mirada de abajo arriba.

—¿Es tu prima, Biscuter?

—¿Mi prima? ¿Desde cuándo tengo yo una prima?

La mujer sonríe como un boxeador que espera a su adversario en el tercer asalto con un golpe definitivo. Obedece dócilmente cuando Carvalho la incita a sentarse y fuerza a Biscuter a irse camino de la cocina.

—Usted dirá. Pero si no dice nada me es igual. Yo estoy bien así.

Se desconoce a sí mismo. Hacía tiempo que una mujer no le provocaba una congestión pulmonar. [...]

—Mi abuelo ha muerto.

—La acompaño en el sentimiento. ¿De qué ha muerto?

—De un ataque cardíaco. Según el forense.

Ante dos tazas de suizo y un importante repertorio de croissants y magdalenas, un hombre y una mujer llegan fácilmente a intimar, aunque probablemente el suizo no sea un alimento afrodisíaco y los croissants

sugieren excesivamente la imagen lúdica de infancia y domingos por la mañana.

—Si el forense ha dicho que era un ataque cardíaco, no hay duda.

Carvalho hablaba sin mirar el rostro de la muchacha, pero sí miraba las piernas escapadas como tentáculos de la breve falda de napa plateada. Prefería las piernas. La cara parecía pintada al óleo, tal vez para cubrir la desarmada inocencia de unas facciones de niña.

—Sí, es lógico. Mi abuelo ha sufrido mucho en la vida. Era militar republicano. Se exilió en 1939 y dejó a mi abuela con los hijos. Volvió clandestinamente en 1946 y vivió escondido hasta que se entregó en 1952 creyendo que no le pasaría nada. Salió de la cárcel en 1960. En fin. Una vida deshecha. Mi abuela murió sin verle en libertad. Sus hijos nunca se lo han perdonado. Siempre le han acusado de haber preferido sus ideas políticas a sus obligaciones familiares. Pero no era un viejo triste. Era un viejo que amaba la vida y tenía el corazón de un toro.

—Los toros también mueren de ataques cardíacos.

—Hay cosas que no encajan, señor Carvalho. Yo solía visitarle con frecuencia, y cuando no podía porque estaba de viaje, le telefoneaba. Aunque fuera desde Bangkok o Beirut.

—¿Se dedica usted al tráfico de drogas o al de blancas?

—Soy agente de *tour operator*.

—¿Qué cosas no encajan? [...]

La muchacha le tendió un reloj de bolsillo de oro sobre el que parecía haber caído toda la vejez del tiempo. Carvalho lo abrió y sobre la esfera apareció un papelito doblado.

—Lea lo que pone ahí.

Carvalho desplegó el papelillo y se acercó a los ojos una breve escritura convulsa. «Esta vez podrán conmigo, Teresa. Pero tú podrás con ellos. La historia te pertenece.» —Teresa soy yo.

—Lo tengo presente.

—Mi abuelo siempre me había prometido este reloj, entre otras cosas, joyas buenas de la abuela y todo eso. Yo sólo he reclamado el reloj y me lo han dado. Lo he abierto y ha aparecido esto.

